



EL CONFESOR DE COLÓN

EN todo aquello que se relaciona con el descubrimiento de América se observa cómo la Providencia, desde mucho antes de verificarse el suceso, preparaba los hechos de tal suerte que sólo á España correspondiera la gloria de contribuir á la realización de aquel acontecimiento; y se observa asimismo que los más distinguidos españoles pertenecientes al estado eclesiástico animaron á Colón para que realizara su empresa.

Aceptadas las teorías científicas de aquel genio por eminentes y sabios ministros del altar, experimentaban éstos vehementes deseos de que se verificara el descubrimiento para que así pudiera llevarse el conocimiento de la religión católica hasta los confines de las tierras que se suponían ocultas por expresa voluntad de Dios; y era lógico que tal desearan quienes en el propio territorio sostenían lucha incesante para el restablecimiento del culto verdadero.

Aquellos deseos tan fuertemente sentidos y aquel ardiente celo desplegado en favor de una empresa que á muchos eclesiásticos de otros países pareció temeraria, bien merecían singular recompensa, y Dios la concedió á sus ministros en España, preparando los sucesos de modo que fuera un sacerdote español quien por primera vez celebrase el Santo Sacrificio de la Misa en unas tierras por espacio de tantos siglos escondidas entre las brumas del Océano.

Dar á conocer quién fué aquel sacerdote, cuyo nombre permanece en el olvido sin causa justificada, y explicar sus relaciones con Colón, es el objeto de este trabajo, en el cual quedará demostrado cómo la Providencia intervino visiblemente en favor de

España, y también que Colón acudió á los Reyes Católicos siguiendo el consejo del mismo sacerdote, á quien luego unió á su empresa ¹.

* * *

Sixto IV acababa de instituir el Jubileo que luego había de celebrarse cada veinticinco años, y allá por el de 1479 salía de Villatobas un estudiante que no pasaba de los veinte, dirigiéndose á Roma con el piadoso intento de visitar los Santos Lugares y besar el pie del Soberano Pontífice.

Pedro de Arenas, que así se llamaba el mancebo, hubiera vuelto á España, después de ganado el Jubileo, si la Providencia no lo retuviera en la Ciudad Eterna, en donde terminó sus estudios de teología, siendo ordenado de sacerdote por Inocencio VIII, de quien recibió la bendición y algunos beneficios.

A su tierra de Villatobas se volvía el nuevo ministro del Señor cuando hizo asiento en un pueblecillo de la ribera de Génova, no muy distante de la ciudad.

Gustó de aquel sitio, y como si estuviese retenido por fuerza superior, no acertaba á continuar el viaje.

Decidió, pues, quedarse allí, y durante algunos años asistió como cura en una pequeña iglesia dedicada á San Pedro, su devoto y patrón.

Del celo con que llenó su cometido dieron fe los bienes alcanzados por aquella iglesia, que luego se llamó de San Pedro de Arenas, y es conocida con el mismo nombre hoy que pertenece á los PP. de la Compañía de Jesús residentes en Génova.

Trasladábase con frecuencia á la ciudad Pedro de Arenas, y en ella conoció á Colón, cuando éste pedía favor á la República para llevar á cabo el descubrimiento de América.

Pero el favor solicitado no se concedía, y lo que es más triste aún, burlábanse de Colón los mismos que estaban en el caso de comprender la magnitud de la empresa intentada; y aquel hombre superior experimentaba los primeros desfallecimientos de espíritu, cuando se sintió reanimado por la sincera amistad de Pedro de Arenas, el cual se había identificado con los proyectos del gran navegante hasta el punto de manifestarle su deseo de formar parte de la expedición, si ésta se realizaba.

Llegó á convencerse Colón de que no alcanzaría en Génova los auxilios que pedía, y entonces Pedro de Arenas le indicó la posibilidad de que los Reyes Católicos dejaran atendida su demanda; y como Colón manifestara desconfianza de obtener aquel favor, hallándose, como se hallaban, Fernando é Isabel empeñados en empresa de tanta monta como la de ocupar á Granada, arrojando de su último baluarte á la dominación agarena, más se esforzaba Pedro de Arenas en convencerle de que para el ánimo arrojado de sus Reyes no había de ser obstáculo aquel empeño, con ser tan grande, para tomar otro mayor.

¹ Los apuntes para llevar á cabo este trabajo están tomados de la *Historia de los Arenas*, que escribió por los años de 1520 el Ldo. Juan Arinero y Montalvo, y se conserva en el archivo parroquial de Villatobas, provincia de Toledo, en donde dichos Arenas tuvieron su casa solariega. Con este apellido de Arenas han figurado muy ilustres varones en la Compañía de Jesús.

No dejaron de hacer mella en el ánimo de Colón estas razones, y ellas le movieron á venir á España después de recibir tantos desaires y negativas como se le produjeron por todas partes adonde había llegado en demanda de auxilio para realizar sus proyectos.

Ocurría la llegada de Colón á España al mismo tiempo que Pedro de Arenas salía de Génova, dejando allí fama de docto y virtuoso.

Trasladóse á su tierra de Villatobas el ilustrado sacerdote, y sintió pena tan profunda por la pérdida de sus padres, que no fueron bastante á consolarle sus tres hermanos y otros muchos parientes que allí tenía.

Por otra parte, parecíale que era aquello muy estrecho para su grande ánimo; y habiendo llegado á noticia suya que su amigo Colón se hallaba ocupado con los Reyes Católicos en sacar los despachos para llevar á cabo sus proyectos de descubrimiento, emprendió nuevo viaje para ir en su busca.

En Santa Fe, donde se hallaban Fernando é Isabel disponiendo lo necesario para la rendición de Granada, Pedro de Arenas encontró á Colón cuando acababa de obtener de los Reyes Católicos lo necesario para ir al descubrimiento del Nuevo Mundo.

Colón, después de mostrarse agradecido con Pedro de Arenas por haber sido el primero que le sugirió la idea de exponer sus planes á los Reyes Católicos y solicitar de ellos el favor necesario para realizarlos, nombróle su confesor y de la gente que había de formar en la expedición.

El júbilo con que Pedro de Arenas aceptó aquella distinción, él mismo lo expresaba en carta dirigida á sus hermanos.

No había de permitir Dios que la empresa fracasara y él sería el primero que en tierras hasta entonces desconocidas, elevase la Hostia Sacrosanta, celebrando el sacrificio de la Misa, y el primero, también, que diera á conocer la religión verdadera á los habitantes de aquellos países.

Los lazos de amistad que por espacio de algunos años unieron á Colón y á Pedro de Arenas estrecharónse más, si cabe, desde el punto mismo en que ambos iban á ver cumplidos sus deseos de partir en busca de unas tierras que tenían la seguridad de hallar.

Juntos presenciaron la entrada de los Reyes Católicos en Granada, y juntos se trasladaron al Cabo de Palos, de donde salió la flotilla mandada por el inmortal navegante; ni un punto llegaron á separarse aquellos dos seres elegidos por la Providencia para realizar el más portentoso de sus designios, y ambos vieron premiadas su fe y celo religioso, aportando á unas tierras cuya existencia permaneció ignorada durante el transcurso de los siglos.

* * *

En su viaje de regreso á España para dar cuenta á los Reyes Católicos del descubrimiento de América, trajo Colón un pliego para los hermanos de Pedro de Arenas.

La carta es reveladora del júbilo inmenso que sintió al escribirla el sacerdote aquel que en Génova, donde dejó fama de docto y virtuoso, fué el primero en sugerir á

Colón la idea de exponer sus proyectos á los Reyes Católicos, demandándoles auxilio para ponerlos en práctica.

¿Qué le importaban á él los trabajos sufridos y las privaciones pasadas?

Había llenado sus deberes alentando al mismo Colón cuando la fe le abandonaba, é infundiendo valor á los que le acompañaban; y cuando se realizó el singular descubrimiento, como Josué á la vista de la Tierra prometida, él entonó cánticos de alabanza al Señor y bendijo su santo nombre.

Y mientras Colón, en nombre de los Reyes Católicos, se posesionaba de aquellas tierras, Pedro de Arenas levantaba altar donde fuese adorado el Dios verdadero ¹.

Allí quedó el sacerdote junto á su nueva conquista, cuando Colón regresó á España para dar cuenta á los Reyes Católicos de cómo se había realizado el descubrimiento; y cumpliendo con su ministerio, dejó de existir como uno de tantos héroes, sin que en la Historia se consigne ni en qué fecha ni en qué circunstancias acaeció su muerte.

Mas no importa que en los anales del descubrimiento de América dejara de consignarse aquel suceso, como no se consignaron otros muchos; Pedro de Arenas llenó cumplidamente la misión que la Providencia le confiara, siendo el primer español que alentó á Colón en su empresa, aconsejándole que se trasladara á España en busca de auxilios para llevar á cabo su portentoso proyecto; el primero en glorificar al Dios Único en aquellas tierras acabadas de arrancar á los secretos del mar, y el primero, también, de los sacerdotes que allí pereció «en servicio de la Armada, consumido de trabajos padecidos en servicio del Señor».

¡Bien merece su memoria el pobre homenaje de un trabajo como éste, y que figure su nombre en primer término entre los que contribuyeron al descubrimiento del Nuevo Mundo!

CARLOS AMÉR

¹ En la *Historia de los Arenas*, anteriormente citada, ateniéndose su autor á las referencias del mismo Colón, escribe lo siguiente, hablando de Pedro de Arenas:

«...Y pasando con los demás increíbles trabajos en servicio de sus hermanos, en fin, aportaron á las islas de Lucais, que después se llamaron de San Salvador, en donde dijo la primera Misa y edificó altar al Señor, dando á conocer su santo nombre en tierras tan distantes de las nuestras. Volvió Colón á España á dar cuenta á los Reyes y pidióle se quedase allí para consuelo de su gente; trajo cartas Colón para sus hermanos, de donde se supo esto.»

En la «Sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional», con la signatura F. 34, existe un volumen encuadernado en pergamino, que contiene, entre otros documentos, una carta original, foliada con el 191, dirigida por D. Sebastián Agnay, desde Villatobas al P. Juan de Arenas Arenero y Montalvo, de la Compañía de Jesús.

La carta lleva la fecha de 13 de Enero de 1648, y viene á ser como un extracto de la parte de la *Historia de los Arenas*, en lo que se refiere á Pedro de Arenas.

